

-¿TE das cuenta? —le digo a Macoco. Me trajo una mujer en taxil. Macoco carece de imaginación, entre otras cosas. —No veo qué tiene de particular, comentó sin gracia. Tuve que explicarle que el taxista no era un taxista, sino una taxista. Una mujer encantadora —añadió. —Me parece un empleo regio. ¿No me prestás el Cadillac para hacer la prueba? —No esperé la respuesta y fui al garage. Demetrio —le dije al chauffeur. —¿Qué es lo que hace falta para ser chauffeur de taxi?. Saber chocar —fue la lacónica respuesta. Y luego me dió varios datos, direcciones, documentos, etc. Ah, pero esto es larguísimo. La sola idea de ir a una oficina pública me resultaba postrante. Lo llamé a Jeremías que juega al bridge con Macoco y que le debe pilas, además es no sé qué en no sé dónde, justo lo que yo quería. A los tres días yo tenía banderita en el Cadillac, un aparato de hierro al costado con numeritos, todo eso. Fui a lo de Madame Irène a que me hiciera un gorro especial, algo mono, nada extravagante. Cuando volvía, con el gorrito puesto, una mujer con cinco chiquilines me hizo una seña. ¿Cin-

POR MONICA

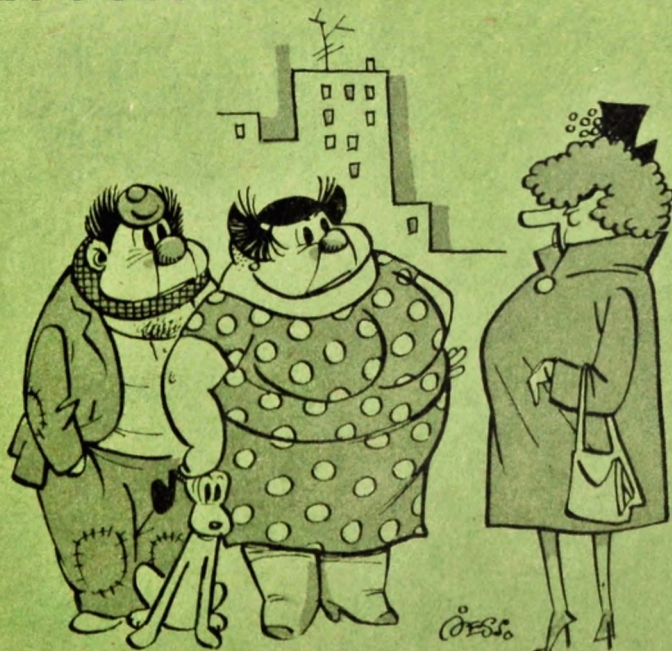
CON LA BANDERA BAJA

co chiquilines? Pensé en el tapizado y me horripilé. Seguí de largo. Dos cuadros más lejos, un muchacho de campera de esas de nylon, tan caches. Eh, taxi, taxil Pero, ¿qué se habría pensado? Hay gente que no sabe darse su lugar. Vaya en ómnibus, amiguito —le dije cuando pasó a su lado— o póngase presentable, si quiere que lo lleve. A todo esto eran las cinco de la tarde y yo tenía que ir a casa para tomar el té. Le puse la gorra Dior al aparatito ése, como lo hacen todos, por otro lado, sólo que la gorra está lejos de ser de Dior y me instalé al lado del fire-comer; necesitaba reponer fuerzas.

Das horas después, decidí salir a buscar algún viajecito, como decimos nosotros, los taxistas. Iba despacito por 18, la tarde estaba lindísima, regia para pasear. En todas las esquinas había montones de gente haciendo señas desesperadas, parecían locos, qué falta de control, Dios mío. ¿Qué apuro tenían a las siete de la tarde? Después se quejan de la vida moderna, del ajetreo de la ciudad. Hay que saber ir despacio, saborear la vida, ¿no? A las nueve empecé a dar vueltitas por el Hotel Triunfo Plaza, a ver si salía alguien conocido. Puro americano con valijas, montones de bulbos en la vereda, en la calle, ¿a quién se le ocurre levantar americanos con valijas? Se han avivado, últimamente, ya no pagan en dólares y hay que llevarlos hasta Carrasco que queda tan a trasmano. De modo que resolví volver a tapar el aparatito y bajar al bar a tomar una copa. Pero, Mónica! —chilló Beto Matoso al verme. Estas brutall! Siglos que no te veo, sentate gorda, libemos. Bueno, copa va, copa viene, Beto es un amor y tiene una colección de discos sensacional, de modo que lo pasé bárbaro en su departamento oyendo discos. —Ah, qué tarde, ché— le digo cuando constato que ya eran la una de la mañana. —Te llevo, gorda, no te agites. —me ofreció Beto, que es un amor. Yo le dije que no se preocupara, que tenía un taxi. Cuando salí, no había nadie, la noche estaba medio lluviosa, desagradable. Di vuelta a la plaza para tomar 18 y llegar hasta el Parque, directo. Bueno, ¿qué pasaba? ¿Qué hacían esa mujer y esos dos hombres en plena ciudad a esa hora? Taxi, taxi —Ni locá. Vaya una a saber de donde venían. En cada esquina, tipos con las solapas levantadas, mujeres con chicos dormidos en los brazos, ¡qué espectáculo deprimentel! Cuando llegué al obelisco, me crucé con un anciano y casi me lo llevo por delante. Vamos, buen hombre, ¿qué hace que no está en la cama? —le dije por la ventanilla. ¿Está libre? —susurró con voz desfalleciente. Yo pensé: si le digo que sí, tengo que llevarlo, es capaz de morirse en el asiento, qué lata! No señor, le contesté, apretando el acelerador, cosa que provocó un salto atrás del viejo, que cayó sentado en el cordón de la vereda. Estoy de relevo — ¿Cómo te fue? — me preguntó Macoco cuando subía las escaleras. Regio, he descubierto que tengo vocación de taxista.

LA POROTA

POR JESS



LA DAMA. — Mi marido pertenece a la Protectora de Animales.

LA POROTA. — Pues al mío, doña, le basta con que lo proteja yol